

El lugar de la ciudadanía y la formación ciudadana.

Alejandro Pimienta Betancur

“Cada lugar es, a su manera, el mundo”
Milton Santos

Introducción

Esta ponencia es una reflexión sobre el concepto lugar y se reivindica su potencia para re-significar el concepto de ciudadanía y, en particular, para propiciar procesos educativos de formación ciudadana. La estrategia discursiva seguirá como hilo conductor el análisis de Milton Santos sobre la globalización que considera la existencia de tres mundos en uno solo: la globalización como quieren que la veamos o *como fábula*; la globalización *como perversidad*, o sea, como realmente es, y la globalización de la esperanza y la posibilidad, es decir, *la otra globalización* (2004:19). En ese sentido, en una primera parte del ensayo, se esbozará la “Fábula del antilugar” en los tiempos de la actual globalización. En la segunda parte, “La perversidad del antilugar o los lugares funcionales”, se reflexionará sobre la realidad tal como es, en relación a los lugares que hoy están acordes a las lógicas globales; y en la tercera parte se desarrolla una reflexión sobre el lugar como esperanza y posibilidad de re-significar la ciudadanía como ciudadanías locales que se oponen a las variables hegemónicas de la actual globalización perversa mediante la toma de conciencia y la solidaridad.

Primera Parte

La Fábula del antilugar

Que el lugar ya no existe porque la globalización ha llegado a todas partes es uno de los discursos circulantes y representaciones sociales más coherentes con las variables hegemónicas del período actual. Con esto se alude a una idea de uniformidad espacial que pone a toda la población mundial en igualdad de condiciones frente al mercado y acceso a la información, sin más límites que las propias posibilidades individuales de adaptación y competitividad en esa realidad. Se dice que ya no hay territorios periféricos o excluidos sino inadaptados e irracionales que no han logrado construir las condiciones, en términos de técnicas y políticas, que les permite ser funcionales al mercado y, por tanto, el mundo se encuentra en un estadio que por fin, basado en el valor supremo de la libertad, permite a cualquier persona en cualquier lugar del mundo, acceder a las competencias necesarias para ser funcional al mercado. El acceso al consumo constituye la ciudadanía, que también por fin, ha logrado el anhelado universalismo de ser ciudadanos del mundo: se puede negociar con quien se quiera en cualquier lugar del mundo y comprar lo que a cada cual le plazca en cualquier lugar. En otras palabras somos ciudadanos en tanto consumidores: esa es la lógica inexorable del período.

Los anteriores planteamientos son los que sustentan una visión universal del mundo, con una coherencia interna en cada una de sus partes desde los mismos lugares que ahora, bajo esa lógica pasan a convertirse en antilugares. Hoy estamos abocados al período de una nueva historia – o sin historia- y a un nuevo espacio local, plano, isomorfo y neutro, despolitizado, incluso desvalorizado, porque estamos en el tiempo en que las relaciones sociales son desterritorializadas y hay no-lugares (Augé), es decir, espacios con los que nadie se identifica ni generan identidad.

Cuando decimos fábula nos remitimos a una moraleja, que como lección ética es universalmente aplicable, y en esa lógica, la moraleja comienza con que el lugar se opone al anhelado universalismo moderno, a la superación de un período retrogrado en el que las personas “echaban raíces” en los lugares en que nacían o vivían, y ahora que esos provincialismos están siendo dejados atrás en este período de la globalización, todos podemos ser modernos sin distinciones relacionadas con ubicación geográfica del sujeto, pues todos somos ciudadanos del mundo gracias al mercado que nos permite esa condición. La moraleja termina diciendo que los lugares, en tanto especificidades y diáspora de identidades, son espacios peligrosos para el proceso de homogenización que bajo las prerrogativas que nos impone la globalización es una condición sine cuanum para el progreso global. Por eso, el lugar ahora es antilugar, o más bien, el nuevo lugar es lo global tal como se representa con la aldea global.

Una fábula también remite al mito como componente de la dimensión simbólica de la vida social, y en ese sentido, la fábula del antilugar y de la globalización, lleva consigo la idea que la globalización es el único camino posible, lo que impone cierta visión generalizada de crisis y “en virtud de eso, todos los países, lugares y personas pasan a comportarse, es decir, a organizar su acción, como si esa crisis fuese la misma para todos y como si la receta para apartarla debiese generalmente ser la misma” (Santos, 2004: 33). Es el mito de la sociedad desterritorializada, sin lugar. Además, en la comprensión actual del lugar se impone mediante el discurso oficial, el mito que presenta a las empresas que llegan al lugar como “salvadoras de los lugares y señaladas como creadoras de reconocimiento de sus aportes y modernidad”(Ibíd.: 58)

Es pues, la imposición de la fábula del antilugar, un imperativo para la lógica del período que busca presentarse como otra de sus variables, que coadyuvaría en la concordancia de ciudadanos en tanto consumidores. Se presenta hoy como el camino al progreso global.

Segundo Parte

La perversidad del antilugar o los lugares funcionales

Tratar de esbozar el lugar como realmente es en la lógica de la actual globalización, nos remite a plantearlo en términos de los lugares funcionales a las variables hegemónicas del período, esto es, a la globalización perversa, porque como se plantea en la tercera parte, no podemos hablar de “lugar” como algo general con características universales ya que éstos se encuentran situados de diferente manera con respecto a las verticalidades impuestas por la globalización. Siguiendo a Santos, se debe tener en cuenta la inseparabilidad de los

objetos y acciones, y en ese sentido, para pensar el lugar hoy, aparece la noción de intencionalidad que “es fundamental para entender el proceso por el cual acción y objetos se confunden mediante el movimiento permanente de disolución y recreación del sentido”. (Santos,2000:21). Esa intencionalidad tiene que ver con la universalidad empírica, entendida como “la unicidad de la técnica, la convergencia de los momentos, el conocimiento del planeta y la existencia de un motor único en la historia, representado por la plusvalía globalizada. Un mercado global utilizando ese sistema de técnicas avanzadas da como resultado esa globalización perversa” (Santos, 2004: 23), que se ha impuesto paulatinamente y es una realidad, un dato, que se vive de diferente forma en los lugares. No se puede olvidar que las tendencias hegemónicas del sistema técnico dominante es invasor y va cubriendo paulatinamente todo el territorio a medida que los países y sus lugares adoptan a esa racionalidad global.

Ese discurso se ha difuminado no solo gracias a la publicidad, el marketing, los medios de comunicación y demás lógicas inherentes estrictamente al mercado, sino que es promulgado por un sinnúmero de políticos y eruditos académicos que soportan ideológicamente la globalización. Esta ideología de invisibilización del lugar como especificidad y creador de ordenes sociales alternos es un recurso que ayuda a la producción, diseminación, reproducción y mantenimiento de la globalización actual. En términos teóricos, esa ideología es el recubrimiento de las condiciones objetivas de la globalización, la superestructura del capitalismo que Marx planteó, que legitima política y socioculturalmente las condiciones hegemónicas, es decir, los liderazgos culturales de la elite que permiten la dominación (Gramsci, 1967).

El antilugar implica una sociedad para el mercado, donde la política es atributo de las grandes empresas con su discurso único del mercado que le despoja de su componente ético, legitimando “la superioridad de una acción hegemónica” (Santos, 2004: 52). En las actuales condiciones, son las empresas las que regulan la política y la vida cotidiana de los lugares, pues cambian las relaciones sociales de cada comunidad, por ejemplo, al variar la estructura del empleo, influir en el rumbo de las políticas públicas y gastos públicos locales o incluso, apoyando grupos al margen de la ley como ha sucedido en Colombia.

Los lugares acogen, por fortuna no siempre acríticamente, los vectores de la racionalidad dominante que buscan imponerse neutralizando las diferencias mediante procesos políticos. Sin embargo es un dato del período que el “acontecer jerárquico, objetivado en la globalización de la técnica, del derecho y de la economía, convierte a los lugares en ajenos a la sociedad local” (Silveira, s.f:7), es decir, se está perdiendo el sentido de comunidad en este “mundo del pragmatismo triunfante, que es exactamente el mundo “de sálvese quien pueda”, y del “todo vale”, justificado por la búsqueda precipitada de autologros” (Santos, 1987:150). La ciudadanía, por tanto, es la instancia que debe garantizar la libertad, sobre todo, frente al mercado, lo que implica la desregulación y abolición de los vínculos, que impliquen un sentido comunitarista.

La globalización perversa que busca una imposición vertical de las hegemónicas en los lugares, convertidos así en antilugares, se nutre ideológicamente de una ciudadanía

neoliberal, funcional al mercado, que des-regule la vida social y que desestime la verdadera participación comunitaria. Lo que Paulo Freire llamó ciudadanía bancaria, coherente con el ciudadano consumidor, obediente y acrítico a las hegemonías.

Tercera Parte

El lugar de la esperanza: la construcción de las ciudadanías locales

Buscando lo que Santos llamó una globalización más humana, partimos de la premisa que el cambio histórico debe provenir de un movimiento de abajo hacia arriba con el protagonismo de los lugares, es decir, de las personas que viven en los lugares de países subdesarrollados. Compartimos que “nuestra gran tarea hoy es la elaboración de un nuevo discurso, capaz de desmitificar la competitividad y el consumo y de atenuar, si no deshacer, la confusión de los espíritus” (Santos,2004:48). Eso, en nuestro sentir, se hace mediante la construcción de ciudadanías locales.

Eso implica comprender, en primer lugar, lo que el lugar realmente es: el espacio donde se observan y se viven las interacciones cotidianas, es lo próximo y es el territorio de la identidad, además de ser marco natural inmediato. Es el espacio de la cotidianidad y de la sociabilidad comunitaria y refugio frente a las agresiones de todo tipo (Giménez, 1999:93). En el lugar es en donde surge en primera instancia la relación del sujeto con el espacio, donde comienza su apropiación y significación. Es allí donde se concretan las instituciones y las formas organizadas de la vida social. El lugar, más que un objeto en sí, se refiere a áreas discretas pero variables en las que están localizados los ámbitos para la configuración de las relaciones sociales con las que los individuos se identifican.

El lugar es un espacio de significación en el que se configuran las interacciones sociales y, en ese sentido, el lugar produce sujetos locales entendidos como actores sociales que pertenecen a una comunidad situada, inmersos en sus redes de relaciones. Así mismo, la localidad produce conocimiento local y órdenes locales, que se pueden oponer dialécticamente a lo general o lo global, tal como lo plantea Santos cuando afirma que “se constituyen, paralelamente, una razón global y una razón local que en cada lugar, se superponen y, en un proceso dialéctico, tanto se asocian como se contraponen. El lugar se enfrenta al Mundo, pero también lo afronta en virtud de su propio orden” (Santos, 2000:284). Por lo tanto, en lo local se dan especificidades que pueden ser muy diferentes o incluso contrapuestas de otras que no son posibles de comprender abstractamente ni desde lo regional, nacional o global.

El lugar es esperanza porque no se deja homogeneizar y en él siempre surgen ordenes contrahegemónicos y representa la posibilidad constante de la dialéctica porque aunque existan variables hegemónicas del periodo, que son un presente invasor, éste es ubicuo y nunca se realiza completamente, a eso se antepone otro presente localizado, que también es pasado objetivado en las formas sociales (Ibíd:94): El lugar es el espacio de las prácticas y como dice Santos “No hacemos nada hoy que no sea a partir de los objetos que nos rodean” (Ibíd:273).

El futuro no es apocalíptico pues constantemente hay ordenes locales emergentes, y en la medida en que co-existen diferentes ordenes locales pueden conformar una solidaridad orgánica, una solidaridad horizontal que crean una racionalidades horizontales (contraracionalidades en relación a las racionalidades hegemónicas), es decir, “formas de convivencia y de regulación creadas a partir del propio territorio” (Santos, 2004:90). La relación dialéctica entre verticalidades y horizontalidades garantizará siempre la existencia del lugar, es decir, los órdenes locales alternos desde los cuales se puede construir una nueva ciudadanía: la ciudadanía del lugar o mejor aun, las ciudadaníaes locales para aludir a esos órdenes que se construyen en las horizontalidades siempre en relación dialéctica con las verticalidades propias de la globalización. Y en ese sentido, como el lugar –lo local- es a su vez, y a su modo, el mundo, pues lo reproduce de modo específico, y por tanto los lugares y sus ordenes locales “son singulares, pero también globales, manifestaciones de la totalidad-mundo, de la cual son formas particulares”(Ibíd.:92). Se deja ver que lo realmente lo que planteamos como ciudadaníaes locales son ciudadaníaes de la totalidad-mundo o ciudadanía local-globales.

Las ciudadaníaes locales, en su plenitud, como condición crítica y constructora de órdenes contrahegemónicos depende de soluciones buscadas localmente, pues el lugar no produce las ciudadaníaes locales automáticamente, aunque la conciencia del lugar es condición necesaria, no es suficiente ya que para darse debe sumarse la conciencia emancipatoria y crítica frente a las hegemonías implantadas por el mercado, es decir, se construyen a partir del reconocimiento de lo propio, del lugar y su producto: lo local, pero sobre una base crítica, en lo cual juega un papel relevante la pedagogía crítica.

Para terminar, frente a la posibilidad de construir nuevas ciudadaníaes locales y en general frente a un nuevo mundo posible, Santos plantea que a partir de esas metamorfosis, se puede pensar en la producción local de una comprensión progresiva del mundo y del lugar, con la producción local de imágenes, discursos, filosofías, “junto a la elaboración de un nuevo ethos y de nuevas ideologías y nuevas creencias políticas, amparadas en la resurrección de la idea y de la práctica de la solidaridad” (2004:135), es decir, es un proceso social de toma de conciencia. He ahí el valor que debe guiar la construcción de las ciudadaníaes locales.

Bibliografía

- Giménez, Gilberto. (1999) Territorio, cultura e identidades : la region socio-cultural. Estudios sobre las Culturas Contemporaneas (Colima)\ Vol. 05, No. 09, Jun.
- Gramsci, Antonio (1967). Formación de los intelectuales. Medellín: Grijalbo.
- Santos, Milton (1987) O espaço do cidadão. Sao Paulo. Nobel
- Santos, Milton (2000) La naturaleza del Espacio. Técnica y Tiempo. Razón y Emoción. Ariel Geografía.
- Santos, Milton (2004) Por otra globalización: del pensamiento único a la conciencia universal. Bogotá: convenio Andrés Bello
- Silveira, María Laura (s.f) Territorio de las verticalidades y horizontalidades: una propuesta de método. Documento digital.